

Paulina, cuyo marido hacía largo tiempo que estaba aburrido de ella por su carácter frívolo, y por todos aquellos defectos inherentes á la mujer vulgar, se hizo mordaz, envidiosa é inaguantable.

El mundo habia agostado su juventud y viciado su carácter.

Quiso hacerse devota, pero la religion nada decia á aquel corazon seco y á aquella alma fria y destituida de toda elevacion.

Clemencia vive hoy dichosa, haciendo la felicidad de cuantos la rodean, y viéndose cercada de tres hijos que le pagan el sublime sacrificio que hizo por sus padres.

CAPITULO XXII

Felicidad.

I

Si buscamos la felicidad completa en el mundo y sus habitadores, no la encontraremos jamás.

La felicidad existe únicamente en nosotros mismos; su germen está en nuestra alma: y en este último capítulo voy á repetir, por la vez postrera, lo que tantas en el discurso de este libro llevo dicho.

Los medios de hallar la felicidad los tiene en su mano la mujer.

Sea religiosa con sinceridad, dé alimentos sólidos al corazon y á la cabeza, y será feliz.

El hastío es el más implacable enemigo de la felicidad de la mujer; pero el hastío nace de la ociosidad ó del abuso inmoderado de las diversiones.

No es en los bailes, en los espectáculos, en el

billicio del mundo, donde la mujer puede hallar la satisfacción del corazón, la paz de su alma.

En esos frívolos devaneos se embotará su inteligencia, y el aburrimiento reemplazará muy pronto el placer.

En el centro del hogar doméstico, rodeada de sus hijos y ayudando á su esposo á sobrellevar los trabajos de la vida, es tan sólo como la mujer es feliz.

Dios, en su infinita misericordia, le dió al mismo tiempo que dolores sin cuento goces tiernísimos, íntimos y apacibles.

La ocupacion de la felicidad de la familia, el cuidado de su hogar, la lectura, la oracion y el cultivo de algunas flores, bastan para hacer feliz á la mujer de organizacion más poética y privilegiada.

II

Para conseguir el alimento saludable del corazón, la mujer debe amar, lo necesita: porque en ello consiste la parte mayor de su felicidad.

La mujer sin amor es una planta estéril é inútil sobre la tierra.

Ame, pues, la mujer, y que su amor se extienda á cuanto la rodea.

Léjos de mí la pretension de fijarle el objeto de su amor.

Ame la mujer, cuando vive aún entre las santas paredes de la casa paterna, ame á su Criador, á ese Dios tan bueno, tan benéfico, tan amoroso, que llegó á dar la vida de su propio hijo por la salvacion del género humano; á ese Dios que provee á todas las necesidades de nuestra vida, todos los afectos de nuestro corazón, todas las aspiraciones de nuestra alma.

Ame á la naturaleza con su sol, sus brisas y sus flores.

Ame á la infancia.

Dios, la naturaleza y los niños, pagan siempre nuestro amor.

Ame despues, si su corazón la inclina á ello, á un hombre bueno y honrado que la ampare y proteja, oyendo, al par de sus palabras de amor, las bendiciones de sus padres.

El alimento de la cabeza consiste en el juicio y la reflexion.

Las que creen incompatible la poesia con el orden doméstico y con las ocupaciones útiles padecen un lamentable error.

Todo lo bueno es bello y poético, ó mejor dicho, poeticamente bello.

Las mujeres que se entregan á ridículas afectaciones, las que emplean todo su tiempo en estudiar al espejo el peinado, la mirada, la sonrisa y el modo de prenderse, tienen vacío el corazón, hueca la cabeza y no serán jamás dichosas.

Y no es que la escasez de su talento tenga la

culpa de sus extravíos.

Para que cada una cumpla con sus deberes, basta que tenga principios religiosos y una alma tierna.

El mayor ó menor brillo de la imaginacion, el desarrollo más ó ménos grande de su inteligencia, no hacen á una mujer modesta ó ridículamente coqueta y afectada.

Una mujer de buenos instintos, cumple bien y exactamente todas las obligaciones de su estado.

Es laboriosa, sencilla, dulce y cariñosa y se evita, con sus constantes ocupaciones, caer en las tristezas románticas é inmotivadas, hallando en la bondad de su corazón esa suave y benéfica poesía que es la fuente de la verdadera, de la única felicidad que existe sobre la tierra.

Yo creo firmemente que en todo corazón de mujer hay un gérmen más ó ménos grande de melancolía, porque, como dice madame Cottin, la debilidad tierna tiene también algo de triste, que nace sin duda de su misma delicadeza.

La imaginacion de la mujer además, es viva é infatigable; así, pues, la mujer que deste precaverse de la tristeza y de los sueños peligrosos de una imaginacion desarreglada, debe rodearse de ocupaciones variadas y que reunan lo útil á lo agradable.

De éstas, la primera debe ser el cuidado de la familia.

La felicidad que ella proporcione á los seres á

quienes ama, hará la suya propia y dará á su conciencia esa tranquilidad inmutable, base de una constante alegría.

III

Como dije al principio de este capítulo, no debemos esperar del mundo la felicidad.

Este proporciona algunos goces, sólidos ó efímeros, que nosotros podemos elegir según nuestra voluntad.

El mundo da también algunos momentos de dicha. pero yo encuentro, mis queridas lectoras, una gran distancia de la dicha á la felicidad.

La dicha es pasajera y va siempre acompañada del temor de su corta duracion.

La dicha no tiene base, así como no la tienen los castillos de naipes que fabrican los niños, y se viene al suelo con la misma facilidad que esos ténues edificios.

Nosotros mismos nos forjamos la dicha, según nuestros deseos ó nuestras aspiraciones.

El amante la halla en la expresion cariñosa de los ojos de su amada.

La madre, que es el sér más generoso de la naturaleza, en padecer por el fruto de sus entrañas.

El político en la formacion de un gabinete que favorezca sus planes.

El músico en oír una melodía de Bellini ó de Verdi.

El poeta en que se agote una edicion de sus poesías.

El autor dramático, en que se aplauda una obra suya.

La jóven linda en mirarse al espejo y hallarse graciosamente prendida.

Pero todos los sérer que acabo de enumerar ven eclipsarse brevemente su dicha con las sombras de la duda, de la aficcion ó del desengaño, con una de tantas sombras, que velan de continuo el sol de la ventura en el pobre corazon humano.

La dicha es consecuencia de los goces, y los goces son efímeros y pasajeros en esta tierra de lágrimas.

No así la felicidad; hija del cielo, el cielo la envía á llamar á las puertas de nuestra alma, que tambien bajó de la region celeste.

—Vé, le dice el Criador; vé al mundo: el dorado palacio, la pajiza cabaña, la blanca casita del artista pueden cobijarte; vé, y al que te reciba, cómale de venturas: hazle el sol más dorada y brillante, las flores más aromadas, los manjares más sabrosos, el lecho más blando, las brisas más templadas, la luna más pura y clara, y el canto de las aves más dulce y sonoro; vé, mensajera mia: al que te abra su alma, dale alegría perpetua, conformidad en las aflicciones, fervor en la

oracion, sinceridad en los afectos, ternura en la amistad; dale esa indulgencia que, amenguando los defectos de los demás, los haga ménos amargos y ofensivos á su propio corazon; dale, para el sér á quien ame, ese amor que tiene su asiento en el alma, ese amor ante el cual no hay dolores, pues hasta el sufrimiento es dulce; ese amor, hijo tuyo, y á quien tú llevas siempre pendiente de tu fecundo seno.

La felicidad, al oír las palabras del Eterno, extiende sus blancas alas, y baja al mundo á llamar á las almas.

¡Ay! ¡cuán pocos se las abren!

La ambicion es el terrible dique, la barrera invencible que se opone al paso de la celeste mensajera!

Ella espera triste durante algunos dias, sentada en los umbrales de aquellas puertas que le cierran, y luégo, hambrienta, helada, abatida, remonta el vuelo á la region celeste rosando con las plumas de sus alas las cabezas de aquellos que no quisieron abrirla.

¡A cuántos de éstos he oído yo exclamar despues de haberla perdido para siempre!

—¡Dónde estás, felicidad, que nunca te hemos conocido?

¡Desdichados! ¡No la esperéis jamás!

La negra ambicion que alimentasteis, la hizo huir de vosotros!

IV

No cerreis lectoras mías, no cerreis vuestras almas á esa hija del cielo!

Los que dicen que en el mundo no hay más que dolor, ofenden impiamente á Dios.

El ha colocado la felicidad á nuestro alcance y ha dispuesto que la mujer buena la consiga.

No deis entrada jamás á infundadas tristezas.

No lloréis por pequeños contratiempos.

Las lágrimas de impaciencia provocan la cólera de Dios.

Las de afliccion caen todas en su mano y los ángeles de vuestra guarda las convertirán en perlas para tejeros gloriosas diademas que os pondrán en el cielo.

Vosotras, jóvenes que entráis en la carrera de la vida, decid todos los dias:

—Dios mio, hágase en mí vuestra voluntad.

Y cuando algun infortunio entristezca vuestro espíritu, decid pacientemente:

—Dios lo quiere.

De este modo jamás la tristeza hará su presa en vosotras.

Las palabras que os enseño son un fuertísimo escudo en todas las desgracias, en todas las pruebas de la vida.

El demonio de la ira huye despavorido al oirlas.

Rezad, jóvenes, rezad todos los dias á María Santísima.

Vuestra belleza, vuestra juventud, serán más seductoras si se encarna en vuestros corazones una sólida y afectuosa piedad.

Compadeceos á esas pobres mujeres que dicen que el rezar es *anti-elegante*, y nunca las tengais por amigas.

Nada hay más bello, más grande, más poético que nuestra sacrosanta religion; es el primero y el último de los amores de la mujer, ó mejor dicho, es la base de todos sus amores.

Jesucristo es la encarnacion del amor sublime, silencioso, mártir de su propia grandeza.

Su madre es la personificacion de lo más grande, puro y apasionado que existe.

Si teneis por base de vuestra conducta la religion y el deseo de cumplir con todas vuestras obligaciones, seréis felices; y la apacible igualdad de vuestro carácter, reflejo de vuestra alma tranquila, hará tambien constantemente venturosos á cuantos os rodean.

El amor al trabajo es quizá lo que más contribuye á hacernos felices, y un entendimiento alimentado con lecturas útiles y agradables no se deja sorprender por quiméricas visiones, ni por el tedio, esa fatal enfermedad, cáncer encanado de nuestra sociedad moderna, en la cual todo se analiza y se desea constantemente *el más allá* que pocas veces se consigue encontrar.

¡Ese *más allá* es el cielo!

Allí encontraremos la verdadera, la inmutable, la eterna felicidad.

La que podemos gozar en la tierra la tenemos en nuestra mano, pues nos es dado lograrla con la paz interior de una tranquila conciencia.

No pidais al mundo más de lo que pueda daros.

No creais, las que sabeis sentir, que sois seres privilegiados sobre todos los demás.

No gimais como desterrados en el seno de vuestra familia, de vuestros amigos.

No tengais ambicion.

Perdonad las injurias.

Ejercitad la caridad.

Tened fé sincera.

Amad vuestros hogares.

Sed templadas, dulces, modestas, dignas, madres cuidadosas, esposas ejemplares.

Tened esperanza en Dios.

Orad con el corazon y seréis felices, yo os lo aseguro: ¡seréis felices!

V

Hace poco tiempo leí en un periódico un artículo que llevaba el mismo título que éste, y la firma de una mujer.

Dos cosas hallé en él y ambas lastimaron cruel-

mente mi corazon: una mujer descreída y un análisis impío de todas las obras, de todos los decretos del Supremo Juez.

Segun aquella desgraciada autora, todos los mortales, y en especial la mujer, han nacido únicamente para el llanto, para el sufrimiento, para la desesperacion.

No tenemos una hora de placer.

No tenemos goce ninguno.

Por todas partes el engaño, la desolacion y los fantasmas horribles de un mundo poblado de maldades y de perversos habitantes.

Las que hayais leído ese artículo, no creais verdades sus desoladoras utopias.

La felicidad existe. La vida es buena y hermosa, y está llena de amor, de goces de ternura, y embellecida con el sol, las flores y la luna que el Eterno nos ha dado.

El que cuida del sustento de las míseras ave-cillas, el que se interesa por la suerte del más pequeño reptil, ¿crearia á la mujer únicamente para llorar y sufrir?

¿A la mujer, en cuyo seno tomó carne su hijo?

¿A la mujer simbolizada en MARIA, gloria, delicia y hermosura del cielo?

Creedme, bellas jóvenes, que dais el primer paso en la carrera de la vida.

Creedme, madres tiernas, cuya fé vacila ante los peligros mundanales.

El camino de la virtud es ancho, hermoso, y

está sembrado de flores; de flores aromadas que deleitarán vuestras almas si teneis fé y religion.

¿Qué son la piedad, el amor, la resignacion, sino flores de riquísimo perfume, que hacen olvidar los abrojos que brotan tambien á su lado?

Que la mujer sufre, es indudable.

¿Por qué sería poética y bella si no por el prestigio que ejerce su corona de espinas, y por el encanto de su debilidad?

Pero en cambio, la mujer, que es buena, está rodeada de amor y de felicidad.

Adolescente, la recompensa de sus virtudes, el contento de sus padres.

Esposa, el amor, la estimacion y la confianza de su esposo.

Madre, las tiernas caricias de sus hijos.

Anciana, el amor inocente de los nietecillos que acarician sus plateadas trenzas y besa sus demacradas manos,

La mujer, léjos de los fantasmas de la gloria, humo siempre; de la ambicion, que es la tortura, la sed hidrópica del alma; la mujer, nacida para los dulces goces del hogar, para el amor, para la vida íntima, tiene más elementos de felicidad que el hombre, dominado por estas pasiones.

La mision de la mujer en el mundo es curar las heridas que dichas pasiones abren, y la que la cumple, es indudable que dirá conmigo:

—No es una quimera, no es un sueño la felicidad. La virtud nos la da en la tierra y Dios nos

guarda la más completa en el cielo, premiando en su bondad el que hayamos sabido alcanzarla creyendo, esperando y amando.

La mujer que se queja de su suerte comete una impía ingratitud.

El Supremo Hacedor la ha creado adorable por sus virtudes, angelical por su belleza, amable por su dulzura, é interesante por su misma debilidad.

¡Sí, hay felicidad! Pero casi siempre está entre las débiles manos de la mujer.

Si, como espero, llega el dia venturoso en que todas las mujeres sean, por su educacion, lo que deben ser; si todas llenan la sublime mision, que Dios y la naturaleza les han confiado, el hombre descreido dirá con verdadera fé:

¡Hay felicidad! ¡Dios es todo misericordioso!